

monárquicos, la monarquía y la patria se identificaban con identidad incontrastable. Así, ante los dos Reyes, habló con igual calor que ante los diputados hablara. Muy en sus atribos, como quien se halla muy resuelto á todo, contestaba con insinuaciones á cuantos recuerdos de su historia surgían en la mente de los regios interlocutores. No podía negar su trabajo libertador de América sin á sí mismo negarse. No podía recoger la electricidad revolucionaria despedida por la máquina eléctrica de su propio cuerpo, mas quería someterla y guiarla, como su amigo Flanklin sometiera y guiara la electricidad de los cielos. Dijo así al Rey que siempre deseó para su patria una constitución como la constitución americana; pero teniendo por seguro y por fiador un magistrado hereditario como Luis XVI. Sin Constitución él no podía querer al Rey; sin Rey él no podía querer la Constitución; pues teniendo una Constitución vigente y un Monarca reinante, los unía en culto idéntico y deseaba salvarlos con supremo esfuerzo. Los Reyes se habían dado una consigna y repitieron el mismo tópico sobre su mutua lealtad constitucional que solían decir en todos estos trances, para ellos tan amargos, providenciales ocasiones que maldecían en su interior cuando debieron bendecirlas, si poseyeran el instinto de la conservación indispensable para defenderse, pues, aprovechando el más mínimo, llegaran á salvarse. Dentro de la Constitución se recluyeron María Antonieta y Luis XVI como dentro de su torre la profética y plañidera Casandra. Se repitió entre Lafayette y los Reyes con la uniformidad, prestada por los caracteres tenaces á todos sus actos, la escena espantosa, entre los Reyes y Dumouriez acaecida, cuando Dumouriez intentó salvarlos y no dejaron ellos que los redimiesen y que los salvarsen. Y mentían los Reyes, uno y otra, como bellacos, al expresar su lealtad constitucional cuando perjuraban la Constitución; y al aseverar su deseo de que Lafayette destruzara pronto á los austriacos cuando miraban al Nordeste con avizores ojos para columbrar más pronto si llegaban ó no los austriacos en su auxilio. Con esta engañadora esperanza ningún apoyo querían de quien les remachaba en el cuello la triste argolla de su esclavitud ó sea el Código fundamental; y les prometía vencer á los idos en su auxilio, á los austriacos, á su esperanza. Lafayette no pudo menos de notar aquella indiferencia y frialdad con él de ambos Monarcas, pero acostumbrado de antiguo á estos regios afectos para con su persona y política, no le hicieron mella en el ánimo, ni le arrancaron á resoluciones suyas firmes como la resolución de salvarlos. Y fuerte con los votos del Congreso; viendo satisfecho la reanimación de su antigua popularidad en París; vanidoso, por tanto creído de su infalibilidad en el criterio y de su propicia estrella en la fortuna, decidió pasar una revista de los milicianos constitucionales, demócratas y monárquicos como él, en la siguiente madrugada. Cuatro mil hombres se debían reunir y estaban ya citados. Luis XVI y Lafayette cabalgarían unidos ante sus filas, y les pasarían sendas revistas rematadas por calurosas alocuciones. Al verlos, el entusiasmo estallaría; en las llamas de tal entusiasmo podría redorarse la corona constitucional. Pétion, ora muy remordido en su conciencia por los recuerdos del

veinte de Junio y las debilidades en tal día demostradas; ora deseoso de congraciarse con la corte sin perder el cariño popular, citó la Milicia, y se dispuso á presenciar esta manifestación realista, comandada por Luis XVI y por Lafayette, si no con verdadero gusto, con verdadera conformidad á su destino perro. Pero allí estaba la Reina, resuelta en su interior á no compartir con Lafayette ninguna satisfacción monárquica, cual no quería compartir con la Constitución tampoco el poder real; y la Reina en el acto mismo sopló lo maquinado á Pétion para que contramandase la revista é impidiese al general tan grande triunfo. Pétion, en su angustioso estado, no pedía otra cosa, y se apresuró á cumplir el mandato de la Reina. La hora del alba no sería, cuando ya estaban las órdenes de no reunirse dadas á los milicianos constitucionales, impacientes por saludar unidos á su general y á su Monarca. No pudiendo influir sobre la muchedumbre de los ciudadanos, Lafayette se dirige al estado mayor general de la Milicia. Y, llevado contra viento y marea de su propósito, arenga los reunidos en la casa y les promete ponerse á su cabeza en el ojeo y cacería de los facciosos. Mas también llegó á estos oficiales del pueblo armado la real consigna, como que sus autores se gozaban viendo al general clavarse con dolor en los dedos las espinas por él mismo sembradas. Aquellos milicianos, movidos por Antonieta, fueron, oyéndola y obedeciendo sus órdenes dementísimas tan verdaderos cómplices de la República inminente, como los electores que por proceder y consejos pesimistas nombraron regidor de París á Dantón y á Pétion de París alcalde. Lafayette no sabía de qué árbol ahorcarse. Decidido por la unión entre los Reyes y los pueblos, ni pueblos, ni Reyes lo querían. Leal de toda lealtad, teníanlo todos por traidor. Tomaban su prudencia por cobardía, su circunspección por complicidad con los principios á cada cual contrarios, su frase franca por embuste hipócrita, su deseo de servir al trono y al pueblo por deseo de levantarse sobre ambos, su presencia en París por traición á la patria. En la primera reunión citada para cumplir sus proyectos, congregáronse trescientos; en la segunda treinta, y en la tercera tres: Lafayette salió desesperado de París y se fué á la cabeza del ejército.

Muy variamente juzgado el proceder de Lafayette. Desde luego apareció claro como la meridiana luz el término y acabamiento de los constitucionales, en cuyas filas no se hallaban una docena de corazones resueltos á disolver el club central revolucionario y dispersar los jacobinos, quienes podían ser dispersos á tiros, no de bala, de pólvora tan sólo. Y así, á medida que crecía la irritación de Lafayette por su impotencia política, también crecía el atrevimiento de los jacobinos fomentados por su escandalosa fortuna. La Reina, entre tanto, se reía en la tertulia de sus favoritos, viéndolo irse desahuciado, é ignorante la infeliz de que se llevaba consigo su corona y su vida. La común alegría en todos los motines de aquella segunda revolución, para quienes el general era como un freno, se conoció entre las arboledas del Palacio real, que tantas veces presenciaron su apoteosis, arboledas, bajo cuyas ramas lo quemaron en efigie la noche de su partida. Lafayette resalta entre

todos los franceses en este minuto supremo, por su confianza optimista en el rápido salvamento de la Constitución. Parece imposible, después de haberla con tal empeño arrancado á las entrañas de una Francia feudal, no conservarla en los senos de una Francia democrática. Al regreso suyo de América trajera un rayo de pura luz en la mente, una espada de populares victorias en la mano, y creía que ni esta espada con su fuerza, ni aquella luz con su virtud podían marrarle. Su cuna y sangre le tiraban á la monarquía; su corazón y mente á la democracia. Y no queriendo faltar, ni á su atávica conciencia, ni á su legendaria historia, se consagró á la utopía de asegurar una Constitución democrática por medio de un rey absoluto. Cualquiera pastor busca un perro, y no un lobo, para guardar su redil; creyó Lafayette que un lobo salvaba el suyo. Y para que se desmintieran leyes de los organismos naturales, los instintos de las especies varias, fiaba el general ante la monarquía la plebe, y ante la plebe la monarquía. Y el Rey no estaba dispuesto á la neutralidad que le imponía la Constitución, y no estaba dispuesto á conceder al pueblo la soberanía que la Constitución le decretaba, tomando como un galimatías las doctrinas constitucionales, por cuya virtud era, como dicen los filósofos germanos, sujeto y objeto de derecho. Trabajo enormísimo el suyo de recluir dentro de la Constitución un monarca que la minaba y un pueblo que no la comprendía. Por tal razón perpetraba torpezas, las cuales pudieron ser por traiciones, de no absolverlo ante la conciencia humana y ante la historia universal el holocausto continuo de su libertad y de su vida en aras del humano progreso unidos con la característica indeleble de su alma, con la sinceridad. Nunca debió escribir al Congreso de quien estaba obligado á recibir órdenes; mas no habilitado para dárselas. Menos debió presentarse ante la barra del Congreso. Y menos en la barra del Congreso reducirse á proferir palabras, mientras el estado y situación de la cosa pública le pedía con instancias redobladas actos y más actos. Instaba ó requería del Rey un conocimiento claro de la Constitución; é instaba ó requería del pueblo una obediencia fiel á la Constitución, comenzando por ponerse fuera de la Constitución él mismo. A quien asó la manteca no se le ocurre, después de haber experimentado efectos como los producidos por la fuga célebre primera del Rey, proponer la segunda en plena exaltación revolucionaria. La elocuencia es arte de jóvenes; la política es arte de viejos. Habiendo vivido tanto como vivió Lafayette y observado en sí mismo aquel sinnúmero de añejas experiencias, ¿cómo pudo pasarle por las mentes un dislate tamaño? El defensor de la constitución se confundía en esto con los peores emigrados. Y perdido en mar de confusiones indecibles, deseaba cohonestar estos proyectos, en su fondo y esencia traidores á la revolución francesa, con lealtades románticas de todo punto inverosímiles á esta revolución. Así descartaba todo lo misterioso, en la creencia de no malherir al pueblo, si lo malhería frente á frente, mandando las tropas en público á someterlo, y diciendo cuanto se proponía sin rebozo y sin recato. Si los reyes, en vez de aborrecerle con toda su alma, lo quieren de veras y lo siguen solícitos, pasara manchado á la poste-

ridad más remota después de haber presidido la universal redención humana desde sus albores más puros. El factor monárquico en esta combinación suya no se aligaba en el factor progresivo; y él, empeñado en hallar un abstracto bueno de tal arbitraria química, como el mago de los siglos medios la piedra filosófica. Porque fuera un tiempo al Nuevo Mundo en defensa de la democracia y de la libertad, no quería faltar á la plebe; y como naciera en clase noble, de quien pasaba el Rey por jefe, no quería faltar á la realeza. Y en esta falsa contradictoria situación, enredóse cuitadísimo en maquiavélicas conjuraciones propias de los emigrados, y abrió camino mal de su voluntad á los que más tarde habrían de asaltar los Parlamentos europeos con espuelas en las botas y sables en las manos. Pero Lafayette vivió bastante para enterarse de que dos veces, en dos sucesivas restauraciones, largos lustros después de su intento, intentara Francia, como él, aliar al nuevo espíritu progresivo con la vieja monarquía borbónica, sin lograrlo, porque no pueden, allá en lo abstracto, manipularse tales combinaciones, cuando á su cristalización verdadera y sólida no cooperan los grados de temperatura moral, tan indispensables para ellas como la temperatura material es indispensable á los crisoles, donde se mezclan y se critalizan los compuestos químicos.

Cualesquiera que fuesen los resultados de la empresa increíble, intentada por Lafayette, no puede ya dudarse que apareció contraproducente, deteniendo la reacción favorable al Monarca y amenazando con una dictadura militar al pueblo. Nada tan triste y tan dañoso en toda combinación y empresa políticas como vocear al sentimiento público un intento de cualquier género y luego no cumplirlo. Traer de la frontera un programa como la disolución del club jacobino, é irse dejando este club intacto, daba motivo bastante para que se creyera el club intangible. Así las primeras sesiones, subsiguientes al golpe frustrado, aparecieron de un estruendo y de una insolencia insoportables. Parecía que la facultad de legislar estaba en aquellas muchedumbres y la facultad de gobernar estaba en aquellos muñidores. Sus actas, frescas todavía, y esparcidas por los numerosos volúmenes de la historia parlamentaria ofrecen una procesión de opinantes, quienes, por lo atrevidos, y otra procesión de proposiciones, las cuales, por lo incongruentes, aunque marean la inteligencia más tranquila, delatan el vértigo apoderado de Francia en este revolucionario momento. Unos clubistas informan acerca del estado militar del reino con la seriedad y la competencia con que pudiese hacerlo cualquier buen ministro de la Guerra; otros se meten por las cuestiones eclesiásticas y delatan la persecución de sus antiguos superiores, sufriendo por los clérigos juramentados que obedecen á la naturaleza y toman su correspondiente mujer; éstos claman por qué ponen los diputados de la patria centinelas en las tribunas del Congreso para que no puedan desahogarse los patriotas á su sabor en vociferaciones patrióticas; aquellas cuentan como han pasado ante su hogar, tachado por el barrio todo de jacobino, los cañoneros del dictador Lafayette, profiriendo gritos por la disolución violenta de la sociedad madre del espíritu revolucionario; un príncipe, y alemán, un príncipe del